

Crítica al sesgo

Dos de excepción: Gutiérrez y Juarroz

(Si el tiempo para leer es siempre corto, más lo es el que tenemos para escribir sobre lo que leemos, impulso que puede nacer tanto de una simpatía o de un rechazo que tratamos de explicarnos. Un crítico es un lector que convierte en literatura la literatura que consume por instinto, por placer, por vicio. En los comentarios que siguen no me propongo ser exhaustivo, ni intentar un discurso crítico formal: intento más bien una especie de diario de lectura muy personal y a contracorriente, pero que no sea superficial ni de compromiso; no me mueve otro deseo que el de registrar exactamente lo que pienso, incluyendo en eso mis ignorancias y mis prejuicios; en ningún momento pretendo ser académicamente-objetivo u ofrecer un aplastante material probatorio de mis afirmaciones; ni siquiera sé si son afirmaciones o si se trata de preguntas que se deslizan en forma de respuesta a un libro. Estas serán, pues, una serie de anotaciones, de observaciones al margen y aun al acaso, que no tienen otra justificación que la de no guardar silencio sobre ciertos libros que corren el riesgo de quedar olvidados, pero sobre los cuales no he realizado, aunque lo merezcan, un examen crítico detenido. La idea de esta *crítica al sesgo* es la de mostrar que la actividad de leer y la de escribir son transitivas y naturales, que sus misterios son más simples de lo que algunos se empeñan en creer.)

Nicaragua es un pequeño país lleno de grandes poetas. Hay que comenzar claro, por el más grande de todos, Ruben Dario, pero se puede seguir a lo largo del siglo hasta nuestros días: Azarías Pallais, Alfonso Cortés, José Coronel Urtecho, Pablo Antonio Cuadra, Ernesto Cardenal, Ernesto Mejía Sánchez, Carlos Martínez

Rivas, Manolo Cuadra, Beltrán Morales, Gioconda Belli, son algunos de los nombres que han hecho de la poesía de ese país la más cautivante para mí (si es que los gustos de uno se ordenan por países). Deliberadamente he omitido de esa lista el de Ernesto Gutiérrez para realizar subrepticamente un "test" con los lectores de poesía: ¿cuántos echaron de menos su nombre? Supongo que casi nadie. Es una lástima porque es un poeta de calidad, cuya voz es muy personal y madura dentro de los hombres de su generación (nació en 1929). Además de poeta, Gutiérrez es profesor, dirige una publicación académica (*Cuadernos Universitarios* de León, Nicaragua) y es un excelente traductor de Saint-John Perse (conozco su versión de *Anabase*). Ha publicado hasta ahora unos cinco libros de poesía, de los cuales he leído los dos últimos. Posteriormente, Carlos Martínez Rivas y Sergio Ramírez han preparado una *Antología* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1976) que recoge lo mejor de su obra poética a lo largo de más de 25 años. La recopilación es una buena oportunidad para apreciar las diversas inflexiones de esa voz: el tono existencial y religioso (la musa cristiana está viva y goza de buena salud en Nicaragua) los poemas políticos y comprometidos, las celebraciones eróticas, las reelaboraciones de los mitos clásicos, las postales poéticas de paisajes y ciudades, etc. No todo el conjunto me gusta; mejor: Gutiérrez me parece un poeta irregular. Alguna de sus letanías se extienden sin ganar siempre tensión, algunas de sus emociones no se comunican conmigo. Pero hay en el libro algunos poemas admirables, hasta envidiables. Puede ser un

poeta que, como pocos, acierta en diversos registros. Léase este final de una meditación sobre la muerte, tan delicada en su movimiento rítmico:

Pero la muerte vendrá
y bajo el grácil arco de lo abstracto
lo mínimo, irá hacia lo eterno
la ansiedad, a su reposo
el amor, al llanto.

Y es también capaz de captar un paisaje en un bosquejo tan rápido como éste:

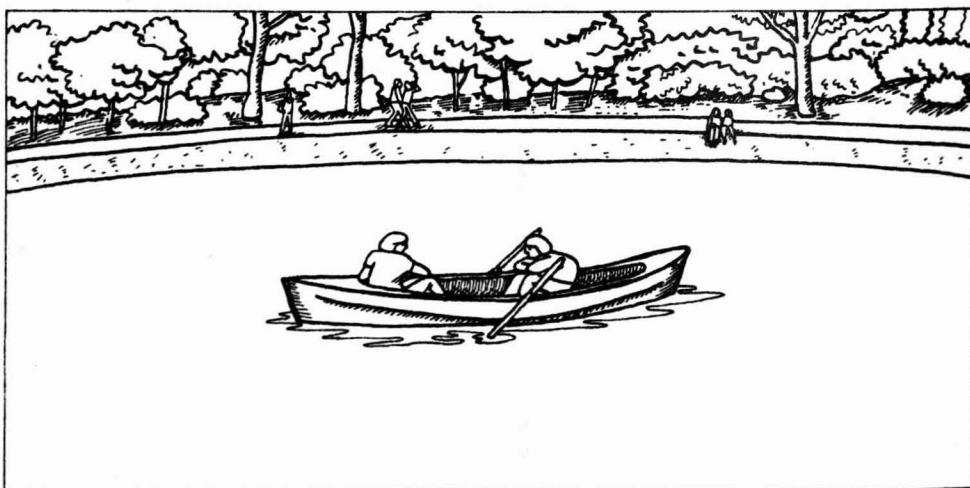
Volaba sobre Texas
la Luna sola
incipiente
como una uñita, recortada
en la esfera
y Venus vespéral
como un balazo tejano
perforando el cielo.

Sus cantos y epigramas de desterrado, sus explosiones dolorosas de esa pasión incómoda que es el patriotismo, son inmejorables en *En mí y no estando* o en *El exilado*. Y como poeta erótico logra cosas tan perfectas como la que ahora cito íntegra:

Ciego a otras diosas
sordo a las sirenas
y sólo el olfato percibiendo
el aroma de su sexo

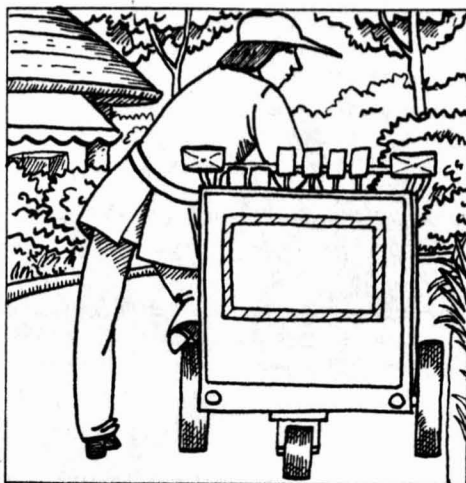
Me gusta como es
la acepto entera
y tacto soy, completo para ella.

No sólo me parece injusto que los lectores no conozcan bien la obra de Gutiérrez:



me parece empobrecedor para ellos mismos. Ojalá su poesía salga de ese limbo en el que no es ni famosa ni totalmente ignorada.

La obra poética de Roberto Juarroz (Argentina, 1926) comenzó hacia 1958, pero se ha demorado más de una década en ganar el interés de un sector significativo. Esa limitada difusión se debe principalmente a Octavio Paz y la revista *Plural*, al entusiasmo de Julio Cortázar y a la acogida en las páginas de *Eco*. Juarroz ha sido, es y seguirá siendo, pese a todo, un marginal, un poeta que no parece proceder de ninguna tendencia reconocible y que marcha por un camino solitario y arduo. Lo conocí personalmente hace unos cuatro años, en Cali: era un hombre empalidecido por la luz de las oficinas, de rasgos infinitamente vagos, de actitud diferente y apacible, que se ganaba la vida como bibliotecario de alguna institución que no recuerdo. Aunque yo había leído su poesía en revistas, nunca había podido ver sus libros; él me regaló dos de ellos —impresos con igualmente pálidas carátulas, por editores eventuales— y eso me familiarizó mejor con su raro mundo. Juarroz ha publicado seis libros de poesía. Los títulos son facilísimos de recordar: *Poesía vertical*, *Segunda poesía vertical*, *Tercera poesía vertical*, etc. Esa descarada reiteración de la palabra *vertical*, esa falta de estridencia, quieren decir algo: ¿qué? ¿Que esta poesía es como una sonda lanzada hacia lo más profundo de la experiencia humana y que todo lo demás es digresión? ¿Que hay una geometría del espacio humano y que nuestra aventura diseña en él la trayectoria de cada caída, posiblemente la del suicida? ¿Qué el hombre se yergue sobre el páramo de su propia soledad y espera algo de lo más alto que no llega? La poesía vertical de Juarroz aborda estas cuestiones de manera diversa y ambigua, pero siempre triste, con un tono de derrota y agobio. La gama de realidad que su obra abarca es a propósito limitadísima, pero la riqueza que en esa estrecha franja elegida encuentra el poeta, puede ser caudalosa y desconcertante. Ahora lo podemos ver más claro en el volumen previsiblemente titulado *Poesía vertical* (Caracas: Monte Avila, 1976), que es la primera recopilación de su obra que circula en una edición no doméstica. Juarroz es un poeta que podría llamarse metafísico, si es que esa desprestigiada palabra todavía significa



algo. Quiero decir que es un poeta fascinado por los misterios del puro existir: la fatiga del tiempo, la intuición sombría de Dios, la vida marcada por la huella de la muerte y, sin embargo, definida por su rechazo. Las meditaciones de Juarroz suelen ser angustiosas colecciones de inquisiciones sin respuesta o de disyuntivas que dejan la conciencia —siempre tensa, siempre buscando desprenderse de una realidad opaca— perpleja y sin asidero. No hay en estos poemas el menor alivio o concesión: ningún color (salvo el blanco o el gris), escasos elementos naturales (pájaros, la luna, la lluvia) que sean algo más que datos abstractos, ninguna otra actividad esencial que las de mirar, pensar o recordar algo profundamente necesario pero perdido para siempre:

Eficacia de la luz,
eficacia de la nube,
trampas de la eficacia de su ausencia
dice en un poema; y en otro:

Posiblemente la claridad sea un órgano
para multiplicar lo oscuro a través
nuestro,
lo oscuro debilitado
por quién sabe qué asunto sin nosotros.

Aridos, lentos, apagados, estos poemas se permiten pocas variaciones y desdeñan toda metáfora brillante: trabajan en otro sentido, hacia adentro, hacia abajo y al mismo tiempo hacia arriba, topos que ansían la claridad. Ni siquiera son textos, algo acabado y definido: son *procesos*, tentativas hacia algo supremo y terrible. Debo decir que, leída en conjunto, la obra de Juarroz puede mostrar al lector los peligros de esa insistencia maniática: a veces la

monotonía penetra los huesos de estos poemas descarnados o le endurece los nervios; a veces su propia hipocondría los satura. Pero Juarroz es, con mucha mayor frecuencia, un poeta de excepción. Aunque su vocabulario es restringido y apático y aunque es empleado con el celo de un coleccionista, es capaz de decir lo que la garrulería y el chisporroteo verbal no siempre pueden decir.

He leído a algunos poetas argentinos de hoy que me han producido una impresión favorable: Alberto Girri, Edgar Bayley, Olga Orozco, Juan Gelman entre otros. Juarroz me parece, sin embargo, el único al que puedo reconocer de inmediato, pues su estética rigurosa es (o parece) el inmediato reflejo de una ética. Cuando lo leo tengo la sensación de que comparto ambas.

José Miguel Oviedo

Disparatario

Federico Arana: la carga de la memoria

Un libro anterior¹ a la novela *Delgadina** de Federico Arana, refiere los pasos del "folklore" y "folkloristas" en México y el resto del mundo, en grados que van del documento exclusivo hasta la versión de una realidad en la cual lo jocoso, el humor y lo moral se dan la mano. Pocos, sin duda, conceptualizarían las incursiones antropológicas de Federico Arana antecedentes de su labor novelística, sin duda porque desearían deslindar los campos de las ciencias sociales y los de la creación literaria.

Pero no hay tal. El conjunto de personajes reales que pululan en su citado breve ensayo antropológico proporciona los ficciones (es un decir) que desfilan entre las luces y sombras de esta configuración actual del esperpento que bordea, sin asumirlo de una buena vez, sin penetrarlo en seguida, *Delgadina*.

En primer término nada más gratificante que verificar la existencia de un autor que atiende su papel narrativo sin turnar el tema de su trabajo a empresas en cuyo fondo y en cuya superficie la grandilocuencia es señuelo apantallador. Quiero